

JORGE TEILLIER, PREMIO MUNICIPAL DE POESÍA

Por estos días, nuestro compañero de labores en el Boletín, el poeta Jorge Teillier, recibió, en una ceremonia efectuada en el Palacio Cousiño, el Premio Municipal de Poesía de 1962. Los demás premios de este año fueron otorgados a Edesio Alvarado, en novela; a Jorge Edwards, en cuento; a Luis A. Heiremans, en teatro, y a Roque Esteban Scarpa, en ensayo.

Desde la publicación de su primer poema, Jorge Teillier —al igual que ocurrió con Neruda— entra con su poesía al dominio público, sin transiciones ni esperas. No es el poeta que “mejore” o “supere”, de un libro a otro, de un poema a otro, como se dice de tantos poetas. Teillier entrega una poesía tan iluminada en 1956, con “Para ángeles y gorriónes”, como en “El cielo cae con las hojas”, de 1958, o a través de su libro reciente “El árbol de la memoria”, con el cual obtiene ahora el Premio Municipal de Poesía. El poeta de los 21 años que era en el primer libro, no sólo anticipa al ya más maduro de los 27; sencillamente ambos se nivelan. Como Neruda, dijimos, pero también como Rimbaud o Lautreamont, Teillier es irremediablemente, irrenunciablemente, un poeta. Y lo subrayamos porque no siempre ocurre así, ni aun con poetas que han alcanzado cierta excelencia, que eligen, por último, el retiro total o a medias, de la poesía. Hasta a su culto se puede renunciar, hasta contra esa resplandeciente enfermedad puede haber remedio. No para estos poetas de cuerpo y alma.

Varias veces antologado, varias premiado (Premio “Alerce” de la Sociedad de Escritores de Chile, Premio Gabriela Mistral, Premio Municipal de Poesía), con tres libros publicados y otro por publicarse (una antología sobre los poetas del año 20 que le editará este año la Universidad de Concepción), Teillier se perfila a los 27 años como el más caracterizado continuador de la gran tradición poética chilena que en este siglo inaugura Gabriela Mistral.

Voz antigua, velada, que llega a través de su eco, que se oye en el aire de un paisaje brumoso, de sueño. ¿De qué habla, qué cosas ilumina esta poesía que pareciera atravesar mil tamices antes de proyectarse con toda su luz? Se buscaría en las palabras inútilmente, porque el material podría ser en parte el mismo de muchos poetas. Sin embargo, algo hay también en ese material. Habla de la (su) aldea, los campos y caminos, los pájaros, el viento, los caballos, los vagabundos, la lluvia, las frutas silvestres, los cuartos abandonados, un árbol, los viajeros, la noche, los perros, la hierba, los amigos, la niebla, los bueyes, el verano, el frío, la sidra, los potreros, la vieja estación ferroviaria, las luciérnagas, una muchacha, el tiempo... De repente esta poesía se nos asocia con el impresionismo del Debussy de los *Preludes*. Uno lee y simultáneamente oye y ve, siente por todos los sentidos. Especie de surrealismo poético e impresionismo musical en tiempo presente. Y el poeta está delante de ella como ante un espejo, como su imagen física. Sólo el Neruda silencioso de la juventud era así.

Escribimos estas líneas apresuradamente (esta edición estaba ya para entrar a prensas cuando supimos la noticia del Premio Municipal otorgado a Jorge Teillier). No examinaremos pues, más profundamente, la obra del poeta. Ya habrá otra oportunidad de hacerlo. Pero he aquí en seguida, dos poemas de su libro “El árbol de la memoria”.

E. B.

DOS POEMAS DE JORGE TEILLIER

UN AÑO, OTRO AÑO

I.

En el confuso caserío
la luna escarcha los tejados.
El río echa espumas
de caballo enjuecido.
Se extingue una nube rojiza
que es el último resplandor de la fragua.

Nadie mira hacia las ventanas
después que el día huye
como chirriante carruaje
entre las humaredas de los álamos.
Ha huido este día que siempre es el mismo
como historia de ancianos que pierden la memoria.

Termina el trabajo. Y todos: miedosos avaros
que alguna vez disparan contra las sombras del patio,
carpinteros ebrios con las ropas aun llenas de virutas,
ferroviarios enholllinados, pescadores furtivos,
esperan en silencio —sin saber para qué—
la hora del sueño pronunciada por relojes invisibles.

Nadie mira hacia las ventanas.
Nadie se atreve a abrir una puerta.
Los perros saludan a sus difuntos amos
que entran a los salones
a contemplar el retrato que se sacaron un domingo
en la plaza.
El pueblo duerme en la palma de la noche
como un trompo en la mano de un niño enfermo.
El pueblo se refugia en la noche
como una liebre en una fosa abandonada.

II.

Bebo un vaso de vino
con los amigos de todos los días.
Gruñe desganada la estufa.
El dueño del hotel cuenta las moscas.

Los desteñidos calendarios
dicen que no se debe hablar.
"No se debe hablar", repite
el viento, repiten las moscas, la mesa
donde nos agrupamos como naufragos.
Pero bebemos mal vino
y hablamos de cosas sin asuntos.

III.

El viento silba entre los alambres del telégrafo.
Malas señales: aullidos frente a una puerta que nadie
[abre.

Me sigue la sombra retorcida de un árbol.
Y tras la máscara del sueño
me espera el día que ahora creo abandonar.

CAMINO RURAL

Solitario camino rural
a fines del verano.
Grita de miedo un tordo.
¿Qué puedo hacer,
troncos podridos sobre el charco?

Temo llegar al pueblo
cuando la niebla se desprende de la tierra
como el sudor del lomo de los buyes cansados.
Temo llegar al pueblo,
porque a otro esperan allí
las mujeres que duermen en montones de heno.
Para otro salen los amigos a cazar perdices.
Para otro van a amasar pan las hermanas esta noche.
Para otro contarán historias
los que encienden hogueras en los barbechos.

Ya no grita el tordo. Las perdices silban
llamando a sus parejas.
En el pueblo lejano aparecen luces
como débiles tañidos de guitarras.
Las ratas vuelcan el azucarero
en la mesa donde dormitan los ancianos.
Alguien va a buscar agua al pozo
anegado por hojas de castaños.
Alguien cierra las ventanas
para no sentir el cruel olor
a glicinas de otro verano.
Salen estrellas desesperadas
como abejas que no pueden hallar el colmenar.

¡Adiós, troncos podridos sobre el charco!
Y voy hacia un pueblo donde nadie me recuerda
por un solitario camino rural
a fines del verano.